

Consulado de Suiza en Barcelona, 175 años tejiendo relaciones

La vigesimocuarta sesión de la Dieta Helvética, pese a ser una de las últimas celebradas por este organismo de representación cantonal anterior al Estado Federal, tuvo una importancia capital para el futuro de Suiza más allá de sus fronteras. En ella, organizada el 13 de agosto de 1847, se ponía fin al anhelo de los Grisones, el cantón que había propuesto meses atrás la creación de un consulado en España ante el amplio número de ciudadanos de esta región que residían, sobre todo, en Bilbao. No obstante, como el objetivo de dicha oficina de representación era eminentemente comercial, se acabó optando por ubicar su sede en una ciudad portuaria predominante. Es decir, en Barcelona.

La comunidad de suizos que por entonces residían en la Ciudad Condal ya era significativa. Tanto, que para el cargo de primer cónsul se presentaron dos empresarios radicados aquí y con una red comercial idónea: Heinrich Grellet y Henri Brändli. Ganó, por el margen de dos votos, el primero, de tal modo que la primera sede consular de Suiza en España quedó fijada en las oficinas de la compañía Grellet & Cia. Eso sí, Brändli solo tuvo que esperar cinco años para suceder a Grellet en este cargo, siendo de este modo los dos primeros cónsules oficiales de la recién constituída Suiza federal en España.

Los primeros desafíos de estos dos representantes eran claros: identificar oportunidades tanto para la importación de productos suizos como para la exportación de bienes españoles a Suiza y ayudar a las compañías helvéticas a realizar negocios en el ámbito territorial del consulado. No obstante, su labor trascendía a la meramente económica ya que otra de las funciones de este cargo era la de auspiciar a los ciudadanos suizos en territorio extranjero. Algo que en aquella España de hace 175 años se traducía en ayudar con sus litigios y deudas pendientes a los militares helvéticos que habían luchado para la Corona española y que aún no habían recibido ni sus haberes ni sus pensiones.

Conforme avanzaron las décadas del siglo XIX, el Consulado Suizo en Barcelona afianzó los vínculos comerciales entre ambos países, sobre todo en la industria textil y del transporte así como en la importación y exportación de alimentos. Las diferentes actas consulares e informes remitidos al Consejo Federal detallaban las carestías y sequías en el campo español y reseñaban los puntos fuertes y las debilidades de los productos procedentes de Suiza. Pero no todo lo que provenía de la Confederación Helvética se podía cuantificar ni medir en aduanas. Durante los últimos años del siglo llegaron a Barcelona diversos ciudadanos suizos que cambiarían, para siempre, el devenir de la ciudad, de Cataluña y de todo el país: Hans Gamper, Marc Birkigt y Julian Fuchs Liègme. De este modo, el consulado no solo se convirtió en una herramienta de expansión y gestión comercial, también en un catalizador del talento que, de forma masiva provenía de los Alpes.

En los primeros compases del siglo XX las labores del Consulado fueron creciendo proporcionalmente a la consolidación de la comunidad y los negocios suizos en Cataluña y alrededores. Un aumento de responsabilidades que no solo se reflejó en las tareas diplomáticas y administrativas que supuso la I Guerra Mundial, también en otras funciones que reflejaban el

aumento de la relevancia de Suiza a nivel internacional. Sin ir más lejos, en junio de 1921, la oficina consular celebró un baile benéfico en el Hotel Majestic de Barcelona en favor de la recientemente creada Escuela Suiza de la ciudad condal. O, ese mismo año, cuando tuvo que ayudar a Albert Einstein y a su esposa, quienes habían olvidado sus pasaportes en la frontera de Portbou. En el año 1924, el censo de los ciudadanos suizos registrados en el consulado ascendía a 1.183, una cifra considerable que empujó a la creación de otros organismos como el Círculo Comercial Suizo de Barcelona, una asociación cuyo objetivo primordial era la enseñanza nocturna de español y de otras materias fundamentales para la importación y exportación de productos. Y tres años más tarde, se acota el ámbito territorial del Consulado, que pasaría a abarcar las provincias de Barcelona, Lleida, Girona, Tarragona, Castellón, Valencia y Baleares.

En la década de los años 30, pese a la crisis económica que azotaba todo Occidente, el Consulado fue capaz de dar cobijo, asistencia y trabajo a numerosos suizos que buscaban oportunidades en Barcelona, así como a las empresas helvéticas que buscaban socios para expandirse por este territorio. El cónsul de por entonces, Friederich Nippel, también ejercía de portavoz de los turistas españoles que viajaban a Suiza, quienes les transmitían quejas como que, por ejemplo, los letreros de las estaciones helvéticas eran escasos. Una normalidad que se iba adaptando a un progreso que avanzaba a un ritmo constante. Y así siguió hasta la irrupción de la Guerra Civil, cuando las prioridades de la oficina consular dieron un giro de 180°, centrándose en salvaguardar la vida de los suizos residentes en Barcelona y organizar su evacuación en caso de necesidad. Según los datos del cónsul, más de 350 ciudadanos suizos abandonaron la ciudad durante el conflicto.

La autarquía y el hermetismo que caracterizó los primeros compases del Franquismo comenzó a remitir en 1948, cuando la frontera franco-española se reabrió, permitiendo de nuevo el transporte de mercancías por ferrocarril. Este medio, mucho más asequible que el marítimo, reactivó el comercio entre Suiza y España, impulsando la actividad comercial del consulado. A ello se sumaron otras funciones como la expedición de visados y la ayuda a otras instituciones helvéticas como el Hospital de las Colonias Extranjeras del barrio de Gràcia, la Escuela Suiza o el Cementerio Internacional Protestante. En paralelo surgió una nueva tarea, socorrer a aquellos suizos que viajaban a Cataluña y alrededores con un motivo muy diferente que los pioneros que impulsaron este consulado: para hacer turismo. Tramitar pasaportes de emergencia, ayudar a los viajeros accidentados o, simplemente, orientarles en la ciudad se sumó al día a día de la oficina consular.



Adolf Gonzenbach
Cónsul General de Suiza en
Barcelona 1936/1939

Con el final de la obligatoriedad del visado para el tráfico de personas entre ambos países en 1959, la presión en el consulado remitió, aunque no su influencia. De hecho, ese mismo año realizó otras tareas que trascendían a su sino comercial como encuestar a los suizos residentes en la ciudad su opinión sobre el convenio hispano-suizo sobre seguridad social perfilado unos meses antes. Nueve años más tarde, en 1968, la oficina se trasladó a su actual dirección, en la Gran Vía de Carlos III número 94 desde donde, a día de hoy, sigue trabajando para que los lazos comerciales, económicos, culturales y diplomáticos entre ambos países sigan siendo prolíficos.

Listado de cónsules suizos en Barcelona

Beat Kaser (2019-2022)
Bruno Ryff (2015-2019)
Pascal Décosterd (2011-2014)
Urs Rolf Frei (2009-2011)
Pius Bucher (2004-2009)
Josef Eisele (2000-2004)
Henri Flückiger (1996-2000)
Rudolf Hilber (1988-1991)
François Pillonel (1991-1996)
Raymond Berberat (1985-1988)
Fernand Vuffray (1982-1985)
Gustav Brunner (1973-1981)
Angelo Berla (1968-1973)
Pierre von May (1964-1968)
Walter Schmid (1957-1963)
Hans Gremminger (1955-1956)
August Ochsenbein (1950-1955)
Emile Fontanel (1948-1950)
Giacomo Balli (1939-1947)
Adolf Gonzenbach (1934-1939)
Friederich Nippel (1920-1934)
Friederich Gschwind (1904-1919)
Johann Schmid (1897-1904)
Geogr Syz (1890-1897)
Johann Hohl (1865-1890)
Henri Brändli (1852-1865)
Heinrich Grellet (1847-1852)